

amontonan grandes riquezas en breve plazo, y así los que se lanzan á tales empresas solo piensan en su propio lucro y pronto regreso á Manila para aumentar su negocio todo lo posible.»

Los enemigos vencidos fueron llevados como esclavos por ambos partidos y las aldeas saqueadas é incendiadas. Paulatina-mente se fué formando tambien allí el fanatismo religioso. Los arrebatos, conocidos en todos los pueblos malayos con el nombre de «amok» toman siempre un carácter religioso en las comarcas fronterizas entre cristianos y musulmanes, como en Zamboanga y Basilan.

En el mismo Joló se recibe muy bien á cuantos les llevan armas y pólvora, elementos necesarios para seguir la guerra con los «cachilas» como llaman allí á los españoles.

En todas partes atraen la atención del viajero las llamadas «atalayas» levantadas en alto sobre postes á cuyo lado generalmente hay un telégrafo. Estas son vigías que dán el alerta de pueblo á pueblo en cuanto aparece una flotilla de las embarcaciones ligeras joloanas conocidas con el nombre de *pancos*. Raras veces, sin embargo, se prestan auxilio los pueblos vecinos, contentándose cada uno con defenderse lo mejor que puede. Las falúas del Gobierno fondeadas en puertos seguros reciben el aviso por lo comun demasiado tarde y apenas logran dar alcance á los moros en sus cruceros. Cuando se sabe que han hecho algunas correrías, manda la autoridad de Manila una expedición para esterminar la piratería. Se toma y se destruye algun fuerte en Joló, Tavi-tavi ó Mindanao, retirándose despues satisfechos de la victoria obtenida. Al año siguiente empiezan de nuevo las correrías de los moros. Así continuará siempre esta guerra, como viene haciéndose siglos ha, hasta que los españoles dominen las islas habitadas por los moros, ó por efecto de una vigilancia mayor que la ejercida hasta hoy obliguen á los piratas á dirigirse á otros paises.

Mientras que los emisarios musulmanes solo contaban con sus propios medios y la fuerza de su palabra para extender la doctrina del Profeta, dirigiendo sus esfuerzos á catequizar los magnates, se nota en la introducción del cristianismo por los españoles una circunstancia en extremo notable, y es que ciertas disposiciones en la organización de sus expediciones conquistadoras eran los mejores medios para obtener resultados admirablemente rápidos de sus empresas.

La célebre línea divisoria del año 1493, que debia dividir tierra y mares en dos mitades, una española y otra portuguesa, indicó á cada pueblo la dirección de sus viajes de descubrimiento.—Mientras los portugueses llegaban á las Molucas en 1512 desde occidente (en Malaca el año 1511) siguiendo la ruta de Vasco de Gama, vinieron á ellas los españoles desde Oriente, restos de la desgraciada expedición de Magallanes (1519-21).—Las dos expediciones siguientes de Loaisa (1525-26) y de Saavedra (1528) tuvieron tambien un fin infortunado, encontrándose siempre los españoles con sus antiguos enemigos los portugueses en las Molucas, á quienes de buena gana hubieran disputado la posesión de tan preciosas islas. Fundaban sus pretensiones en el cambio del meridiano de la isla de Hierro á la Terceira, por el cual habian ganado el Brasil los portugueses y por el que, segun opinión de Magallanes, las islas de la espericia quedaban comprendidas en el hemisferio español.—Una gran guerra en las respectivas metrópolis amenazaba surgir de la pequeña sostenida en Ternate por los aventureros españoles y portugueses, cuando Carlos I hizo un tratado con Portugal cediendo todas sus pretensiones á la conquista de las Molucas por la suma de 350.000 ducados.—Otra dirección tomó entonces el espíritu conquistador de los españoles en el extremo Oriente. Así como las expediciones anteriores tenian por objetivo las Molucas, se fijó á la de Villalobos el fin de dominar las Filipinas y cristianizar á sus habitantes por medio de la predicación de los misioneros Agustinos que formaban parte de ella.—Esta empresa se desgració tambien por completo. Mas afortunado que Carlos fué Felipe II, que organizó una expedición bajo el mando de Legaspi en 1564.—A este capitán se unió como jefe de las misiones el Agustino P. Urdaneta, un atrevido y experimentado marino conocedor ya del Archipiélago por haber mandado un buque en el viaje de Loaisa.—Mas importante aun quizás que este misionero fué al jefe de la expedición su propio sobrino D. Juan de Salcedo, á cuya infatigable actividad y gran energía se debe su éxito feliz y asombrosamente rápido. El 27 de Abril anclaron los buques en Cebú; poco despues se descubrieron y conquistaron Panay, Leyte, Masbate, Bohol y otras islas—llamadas de los pintados—y el 5 de Mayo de 1571 se declaró ya Manila capital de todas las islas nuevamente descubiertas tomando posesión de

ella.—Extendieronse los misioneros, apoyados por el elemento militar, por todas las Visayas, y Juan de Salcedo emprendió la conquista del Norte de Luzon. Pocos dias despues de la repentina muerte de Legaspi, acaecida en 20 de Agosto de 1572, llegó aquel caudillo á Manila de regrezó del viaje á todo el Norte de la isla, en el cual redujo á la mayor parte de los indígenas.—Algunos años despues estaban los misioneros Agustinos en casi todo el Norte de Luzon. Así se sometieron las islas Filipinas en su mayoría á la corona de España en uu período de menos de diez años. En 1570 se recaudó el primer tributo de los naturales de Mindanao (1) y aunque desde entonces se hicieron diversas tentativas para sacudir el nuevo yugo, todas fracasaron.—Los Jesuitas, Domínicos y Franciscanos vinieron pronto á compartir con los Agustinos la tarea de dar los deseados directores espirituales á los numerosos cristianos neófitos y á propagar el Evangelio entre las tribus del interior estableciendo en ellas misiones.

Aumentó considerablemente el comercio, que segun algunos autores se sostenía ya mucho antes del descubrimiento, entre China, Japon, Filipinas y Borneo. A principios del año 1572 llegó una flotilla China conduciendo un rico cargamento de sederias, porcelanas y otros artículos del celeste Imperio, y en pocos años se convirtió Manila en el centro del comercio entre España y el extremo Oriente.

El periodo mas floreciente del comercio de Acapulco fué quizás el principio del siglo XVII. A esta época debe Manila el pomposo nombre de «Perla de Oriente.»

Un cuadro bien distinto ofrece la conquista de las Molucas por los portugueses. Apesar de haber hallado la mejor acogida en Amboina y las Célebes en tiempo de Antonio Abreu y Francisco Serrano (1521) y vencido en las guerras entre Tidor y Ternate, se sucedieron sin interrupcion revueltas de los príncipes indígenas y discordias entre ellos y hasta entre los portugueses mismos. En 1531 se les vé reducidos al fuerte de Ternate, sitiado durante años por el ejército de los reyes aliados de las Molucas. Antonio Galvan liberta á sus paisanos, bate á los príncipes en Tidor y ajusta con ellos la paz.—El mismo consigue pronto, gracias á su buen

trato con los indígenas y á la proteccion que dispensa á los magnates, á quienes antes dejára sentir su poder, tal popolaridad, que llegan á ofrecerle la corona de todas las Molucas. Entonces se le quitó el gobierno del Archipiélago malayo, y los nuevos gobernadores volvieron á comenzar el antiguo sistema de intrigas y pequeñas guerras hasta que finalmente Baber, rey de Ternate, tomó la fortaleza portuguesa poniendo así término á la dominacion estrangera.—Siguieron despues algunas tentativas inútiles de los españoles para sujetar las Molucas, hasta que por fin, á principios del siglo XVII, lograron los holandeses asegurarse su posesion por medio de tratados hechos con los príncipes indígenas contra los españoles, obligando á los portugueses á concretar su dominacion á Timor y Solor.

El episodio de Antonio Galvan es especialmente aquí de una gran enseñanza. Prueba que siguiendo una política humanitaria y de respeto á las costumbres del país, hubiera sido fácil á los portugueses dominar con seguridad y por largo tiempo las Molucas en vez de perderlas.—Verdad es que nunca se presentó á los españoles en Filipinas una oposicion tan poderosa como la que los portugueses hallaron en la alianza de los príncipes, siéndoles mucho mas fácil subyugar las tribus de Luzon y Visayas no ligadas con mútuos lazos como las de las Molucas; pero las crónicas locales nos hablan de muchas sediciones, que prueban no faltarles tampoco vivos deseos de reconquistar su anterior independencia, deseos que en alguna ocacion hicieron unir tribus, antes separadas, contra el enemigo comun. Su poder nunca fué, sin embargo, suficiente para asegurarles el triunfo.—Los primeros decenios de la conquista son los que precisamente no cuentan estos conatos de emancipacion.—Las pequeñas fuerzas que tan pronto en una como en otra tribu se oponian á los españoles en sus expediciones, les daban clara idea de la menguada resistencia que al desarrollo de su poder se presentaba; sin embargo, no se esplica que á la conquista sucediese un periodo tan largo de tranquilidad, ni fuera tan rápida la difusion de las doctrinas cristianas, á no cooperar de consuno con la debilidad y aislamiento de los indígenas otras diversas causas. (*)

La organizacion de las primeras expediciones nos aclara en gran manera este hecho. El jefe de ellas recibía con el título

(1) Segun Pigafetta pág. 119 Magallanes obligó ya en 1521 á los habitantes de Cebú á entregar un tributo establecido.

(*) Véase el estudio que sigue á este. (N. DEL E.)

de «adelantado» los poderes mas extensos, y la autoridad de Gobernador general de todos los paises que se conquistáran para el rey. Se le permitia embarcar mercancías por valor de mil ducados y se le aseguraba un tanto por ciento sobre las rentas de las islas. Además, dependian de él los nombramientos de los llamados «encomendados» lo cual era de gran entidad. Los españoles designaban con el nombre de «encomienda» un feudo que sobre las tierras y sus moradores se concedia á los soldados que contraian méritos particulares durante la conquista. El tributo que cobraban y del cual daban una parte al Gobierno servia para atender á su subsistencia. Así pues, se dió á Juan de Salcedo, despues de su ya mencionado viaje de descubierta, un feudo semejante, primero sobre la provincia de Camarines, despues tambien sobre la de Ilocos.— Al principio dominaron sin cortapisas sobre los indígenas, que se sometian fácilmente al conquistador, pues en realidad variaba solo el nombre de su dominador, pero no la esencia misma de su condicion.—En todas partes, donde Salcedo llegó, lo mismo en Luzon que en Panay y Mindoro, tuvo que empezar por combatir contra los naturales, y solo cuando estos por sus sangrientas derrotas se convencian del incontrarrestable poder de los españoles, doblaban la cabeza al yugo de su nuevo señor, que venia á reemplazar á los antiguos príncipes indígenas. En vez de los «baganis» ó «dattos» tenian á los capitanes españoles, que eran sus jefes en las guerras y sus señores, y á quienes debian obediencia y el pago del tributo. (1).—Por lo demás, no varió en lo mas mínimo la organizacion social.—Durante mucho tiempo fueron tratados como «sacopes,» tambien por los señores feudales cristianos los prisioneros de guerra, perteneciéndoles por completo el producto de su trabajo y sus vidas. De estos esclavos se fué formando el pueblo bajo, sujeto á tributo, mientras que la clase de los llamados «cabezas de barangay» siempre estuvo exenta de la obligacion de pagar tributo.—Los dattos ó los anteriores jefes de tribu recibieron tambien cargos honoríficos en sus pueblos, quedando libres de todo tributo y de todo trabajo obligatorio y gratuito.—El señor feudal

tenia el poder, que los naturales deseaban en primer lugar residiese en sus dattos, y los que le estaban sujetos satisfacian facilmente su ambicion en los puestos que en el gobierno de los pueblos se les conservaban, pues no estaban acostumbrados á extender la esfera de su accion en las comarcas vecinas. Como los tributantes se consideraban ya de antiguo propiedad de sus señores, dejaron imponerse de buena gana un tributo relativamente pequeño, de unos dos pesos anuales, que debian satisfacer en plata ó en productos del país.—La opresion por parte de sus nuevos señores se les hacia llevadera. Sin embargo, pronto fué haciéndose mas y mas dura, levantándose el pueblo contra ella, y al propio tiempo fueron adquiriendo mayor preponderancia los misioneros de distintas órdenes enviados para predicar el evangelio, y su influjo, grande ya en el mismo reinado de Felipe II, se opuso al del elemento militar.—Con el aumento de poblaciones guardó armonía el de misioneros, de modo que pronto pudieron los superiores de las órdenes proveer todos los curatos.—Colocándose estos casi siempre al lado del indígena en sus pretensiones de sacudir el yugo señorial, fueron ganando en los pueblos la posicion que antes tenia el encomendero y antes aun el datto.

Tampoco disminuyó el roce entre el señor y sus vasallos, al cual estaban acostumbrados estos de antiguo. La edificacion de un convento ó de una iglesia, ó cualquier obra pública del pueblo, la consideraban los indígenas como un servicio personal prestado al cura y lo llevaban adelante de buena voluntad, pues satisfacian su amor propio y espíritu de ostentacion, la magnificencia del templo, el lujo del culto y la morada de su pastor.

PROBLEMAS HISTORICOS

SOBRE ESTE ARCHIPIÉLAGO.

PERIODO DE LA REDUCCION. REFLEXIONES CON MOTIVO DEL ESTUDIO DEL DOCTOR SEMPER TITULADO «EL MAHOMETISMO EN EL EXTREMO ORIENTE.»

Hace muy pocos años llegó en Inglaterra á poder de un sabio que poseia nuestro idioma, un pequeño libro histórico y descriptivo, titulado *Sucesos de las Islas Filipinas* publicado en 1609 en Méjico por el Oidor Morla, que lo habia sido tambien de la Au-

(1) El P. Gaspar de S. Agustín dice, pág. 143, «y los principales decian que él (Legaspi) podia obrar en un todo como dueño y señor, pues eran vasallos fieles del Rey y le suplicaban solo les señalára los sitios dónde debiesen edificar sus pueblos en la vecindad de los ocupados por los españoles.»

diencia de Manila. Lo tradujo aquel al inglés y fué acogido con entusiasmo por todas las personas dedicadas á estudios históricos. El mérito de la obra de Morla consiste principalmente en que, con estilo claro y conciso, sin emplear la grandilocuencia y difusa espresion de las ideas, que son defectos muy generales en escritores de su época, relata cuanto sabía de las Filipinas, especialmente sobre los orígenes de esta sociedad, antiguas costumbres, manera de operarse la transicion á la civilizacion cristiana con formas regulares de leyes y administracion, haciendo tambien relacion minuciosa de dos combates navales con una escuadrilla holandesa.

Pero Morla no habia presenciado los primeros esfuerzos de nuestros soldados y de nuestros misioneros, ni habia visitado las rancherias diseminadas antes por el país, ni conocido á sus principales caciques, ni tenido ocasion de recorrer y estudiar esta naturaleza gigante en sus várias y espléndidas manifestaciones. Hombre de toga y dedicado al desempeño de deberes sedentarios, tomaba apuntes de documentos y referencia oral en cuanto á su tiempo; pero sobre los grandes hechos consumados por la generacion que le precediera, y sobre todo, acerca del estado social de los indígenas al establecerse Legaspi en Manila, Morga consignó en su curiosa produccion un extracto de la mas estensa que hiciera un testigo presencial, uno de los primeros misioneros franciscanos, el P. Plasencia, célebre por sus virtudes y por sus grandes servicios en la primera época de la reduccion.

Por manera que es un interés de investigacion filosófica el que han encontrado los sabios de nuestro tiempo en la obra de Morla, y que nos da una idea de la aceptacion que tienen otros libros en los cuales se examinan y describen con mas ó menos concien-

cia, este territorio con su constitucion geológica, su flora, su fauna, la poblacion, sus orígenes, sus diferencias, sus conexiones naturales ó adquiridas con otras razas, sus antiguas costumbres, leyes y religion, fases de sucesivas transformaciones sociales, proporcion en que su trabajo contribuye al bienestar de toda la especie y al progreso, condiciones actuales de régimen civil, estado de instruccion y otras no menos importantes cuestiones por las cuales el sabio puede llegar al conocimiento del conjunto que desconoce y que parece desprendido de otros que examina con igual curiosidad.

Unos y otros forman los mas hermosos capítulos del gran libro de la naturaleza y de los progresos humanos, que el audaz espíritu filosófico de nuestra época quiere legar á las venideras.

Hoy la ciencia pregunta á las razas y á las nacionalidades, de donde vienen, á donde van y cuales son sus títulos y derechos fundados en servicios á la civilizacion.

Al darnos cuenta de esta tendencia y al comprender que, si alguna vez se desvia de grande y elevado objetivo, es porque no concurren á ella cuantos pueden hacerlo, hemos creido que no podría corresponder á su propósito de creacion la *Revista de Filipinas*, si no ofrecia campo y preferencia á esta clase de estudios que llamaremos fundamentales, como los históricos y descriptivos.

Entre los mas interesantes, contamos el que tiene por objeto aclarar uno de los puntos menos debatidos hasta ahora, apesar de su importancia: la lucha del cristianismo y del Alcoran en la Malesia desde el siglo XIII hasta nuestros dias, sin otro resultado decisivo que el haber salvado la mayor parte de las Filipinas de un modo de ser moral y social que conduce al aniquilamiento mas completo de cuanto hay de noble en el individuo, en la familia y en la sociedad civil.

Nuestra *Revista* es la primera publicacion española en que tiene cabida el precedente notable trabajo del Dr. Semper, cuyas producciones tienen muy buena acogida entre los sabios de la Europa central; pero en Manila no se pueden aceptar sus conclusiones como en cualquiera otra parte del mundo, cuando se refieren á problemas examinados por él incompletamente.

La marcha del Islamismo en la Maleisia es un gran cuadro histórico cuyas etapas se encuentran en excelentes publicaciones modernas sobre las posesiones neerlandesas, de las cuales habrá tomado aquel distinguido naturalista los hechos que presenta á grandes rasgos; pero al penetrar en el archipiélago Filipino aparece como desorientado, vacila, mira con apresuramiento, y mira mal porque le sirve de guia el mismo criterio anterior.

Para Semper fué reemplazado aquí el Alcoran por el cristianismo, de la misma manera que en Java cedió plaza el budhismo al Alcoran. En lugar de detenerse á mas profundo exámen, porque son muy distintos los términos del problema, deja correr su imaginacion por el campo de las conjeturas. Dando por sucesos históricos, divagaciones procedentes de la mala eleccion de la palabra *feudo*, que significa para él lo mismo que *encomienda*, llega su error á sentar que los misioneros reemplazaban á los encomenderos ó *señores feudales*, como estos suplantaron á los *dattos* en los primeros decenios de la reduccion.

Hay un momento, en el curioso trabajo de Semper, en que está á punto de tomar otro camino para llegar, con la luz de la filosofia, á poner en claro el que enigma le parece. «No se esplica, dice, que á la conquista sucediese un periodo tan largo de tranquilidad, ni que fuera tan rápida la difusion de las doctrinas cristianas, á no «cooperar de consuno con la debilidad «y aislamiento de los indigenas otras «diversas causas.»

No fué tan rápida la difusion del cristianismo como supone, y veinte ó mas años antes de esta inmensa conquista de las ideas, en algunas provincias remotas imperaba ya la ley, no de un señor feudal sin freno en sus caprichos, sinó del Trono de Castilla, cuya paternal intencion hácia sus nuevos súbditos patentizan las leyes del código indiano, que regían en este país desde los primeros años de la reduccion. En 1584 ya funcionaba en Manila, Audiencia ó Tribunal Superior del territorio.

Los primeros encomenderos eran eleccion de Legaspi, hombre de extraordinarias cualidades de sagacidad y de energia, cuyos actos llevan el sello de un plan, de una alta inteligencia, de austera moralidad y desinterés. A imitacion suya, porque tales eran sus instrucciones y tal su carácter, los delegados ó encomenderos empleaban con la mayor prudencia sus facultades, llegando á hacerse respetar y obedecer todos, y algunos, á hacerse amar, si debemos juzgar de los sentimientos por los actos. Los naturales vieron en el nuevo régimen su verdadera redencion del yugo de feroces tiranuelos, sin que por eso fuesen perseguidos los caciques que no alteraban la paz. Era aquella una situacion análoga á la de numerosas tribus de tinguianes é igorrotos que hoy pagan reconocimiento y sobre las cuales no ejercen de hecho otra autoridad los gobernadores, que la necesaria á impedir los crímenes, á castigarlos y á recaudar el tributo.

La paz y el orden fueron impuestos por los encomenderos, como el cambio de costumbres fué obra de los misioneros. Pero los encomenderos de la segunda generacion, híbrido engendro del favor y la casualidad, no de las rectas y patrióticas miras de Legaspi, fueron una verdadera calamidad para el país y, hubieran dado al traste con lo ganado hasta entonces, si tarda mas tiempo la

supresion de esa clase y el nombramiento de personas amovibles para representar en las diferentes fracciones del territorio, el poder civil, que nunca estuvo en manos de los misioneros, como se deduce de las palabras de Semper, ni aun en aquellos puntos dónde los misioneros iniciaron por si solos la reduccion simultáneamente con la conversion de infieles, como sucedió en algunas comarcas Visayas y en el territorio mas inmediato á Manila.

En la crónica de los PP. Dominicos se hace mencion de un hecho que es un tierno idilio religioso á la vez que da idea de las relaciones entre los naturales y los primeros encomenderos, así como de las condiciones de algunos de estos.

Cuando llegaron á Cagayan los primeros misioneros de dicha orden; penetrando en el interior del país, donde no suponian huella anterior de españoles, vieron en un cerro una cruz; pidieron esplicacion á los caciques que les acompañaban, y estos les dijeron que no sabian lo que significaba aquella figura, y solo si que, muchos años antes, afligidas las rancherías de aquel territorio por la peste, pidieron medicina al encomendero, quien les habia plantado allí la cruz diciendo que no podia darles otra contra la calamidad.

Tambien en Pangasinan fué el encomendero quien instaló á los primeros misioneros, y por cierto que en ninguna parte encontraron estos mas resistencia á las verdades del Evangelio. (*)

(*) En 1864 fué á Mancayan (Lepanto) con otros accionistas de aquella empresa minera, D. Francisco Carreras, gobernador que habia sido del Abra, con gran reputacion de bondadoso y justo. Sabida en el país de irrotores la novedad, acudieron pocos dias despues á saludarle besándole la mano, abrazando sus piernas y haciendo otros extremos del más cariñoso respeto, que conmovieron á los circunstantes, los caciques ó principales de muy lejanas rancherías, del país que tanto diera que hacer treinta años antes al infatigable Galvey. Por Carreras, á quien hemos conocido, queremos formar idea de los encomenderos del tiempo de Legaspi y sus relaciones con los indígenas, tan diferentes de las que hace suponer el relato de Semper.

¡Qué condiciones de justificacion, de bondad, de paciencia, de desinterés y de valor personal en los primeros encomenderos, en armonía con las de los misioneros en abnegacion sublime, ejemplares virtudes, humildad é incansable apostolado hasta el martirio, demuestran las conquistas morales y materiales que obtuvieron los contemporáneos y subordinados de Legaspi y Urdaneta! De las causas se juzga por la bondad de los efectos cuando otras pruebas escasean.

Para nosotros está fuera de discusion que el éxito de la empresa civilizadora de Legaspi, aventando del país el Alcoran, contra lo que sucedió en el resto de la Malesia, débese á la debilidad y falta de union de los caciques musulmanes; á que, tal vez por miras egoistas de estos mismos caciques, no se habia extendido aun la nueva doctrina entre las clases mas humildes; á que estas sufrían todos los males de una organizacion social fundada sobre la fuerza bruta y la supersticion, y tocaban pronto las ventajas del cambio de señores; á las altísimas cualidades de Legaspi y de los hombres que le secundaron; preparando rápidamente estas circunstancias, providencialmente reunidas, la situacion en la cual los misioneros realizaron con igual admirable prontitud, la transformacion social que vino á consolidar aquellas.

Sin este apoyo religioso todo hubiera sido transitório, como eran tambien transitórios por su naturaleza, todos los demás estímulos que habian concurrido á tan levantado fin.

Muchos sábios, acostumbrados á estudiar el encadenamiento de los fenómenos del mundo físico, obedeciendo siempre á leyes impuestas á la materia, creen que de la misma manera están ligados los del mundo moral. Solo así se comprende que caigan frecuentemente en el error de suponer determinados por móviles generales conocidos todos los acontecimientos; como si todos los hombres, á se-

mejanza de los seres de otra especie, obedecieran á instinto solamente y á fatales impulsos de su naturaleza. Háceseles violento salir del estrecho círculo del sistema para conceder la influencia de las grandes virtudes ó funestas pasiones de los hombres extraordinarios que imprimen sello y carácter á un periodo cualquiera de la laboriosa marcha de la humanidad.

Semper paseó su clarísimo entendimiento por la fase histórica mas solemne de la Oceanía; detiéndose un momento en frente del guerrero portugués Antonio Galvan, y no repara en la talla de Legaspi: así se esplica la divagacion de la segunda parte de su estudio sobre el Mahometismo en el Extremo-Oriente.

Manila Agosto de 1875.

EL EDITOR.

VOLCANES Y TEMBLORES.

La formacion de montes ignívoros ó montañas volcánicas, las diferentes fases que presentan hasta su completa extincion y los productos que ofrecen por sus manifestaciones, son las materias de que vamos á ocuparnos. Pero antes de estas cuestiones concretas, de gran interés y que exigirán opiniones autorizadas, hemos de oír á esas mismas autoridades en sus consideraciones acerca de la manera como se ha ido modificando el planeta que habitamos, hasta adquirir las formas que posee actualmente. No desagradará, pues, al lector ver con frecuencia copiados párrafos enteros de exposicion y apreciacion científica de autores que han hecho estudios y trabajos especiales sobre la materia ó generales sobre la naturaleza orgánica é inorgánica. De ellos se originarán forzosamente deduciones que signifiquen tendencias de sistema, que imperan actualmente.

Leopoldo de Buch que ha dado al

mundo científico un magnífico estudio sobre los volcanes de Canarias, á quien llama Humboldt el mas gran geólogo de su época, y cuyos trabajos le sirvieron de guia para la composicion de una pequeña parte de su *Cosmos*, monumento del saber y de la experiencia adquirida en una larga vida de laboriosa observacion inteligente, fué el primero, y Humboldt comparte su opinion, en dar unidad á las causas que producen los fenómenos volcánicos, atribuyéndolos al calor central únicamente y no á otras causas que quizás este no desconociera, y no solo atribuyen á su esfuerzo la formacion de nuevas rocas y modificacion de las ya existentes, si que tambien lo consideran ser la misma causa productora del levantamiento de islas y continentes sobre el nivel del mar y de las varias revoluciones generales que suponen experimentó la tierra, y que le han dado el aspecto y forma exterior que hoy posee. Otros, por el contrario, atribuyen las alteraciones que ha sufrido la tierra en el trascurso de los tiempos, á multitud de causas diversas que ejercen su variado poder de una manera muy lenta, y entre ellas consideran: un calor interior ó reacciones derivadas de composiciones y descomposiciones que en otros casos lo producen; la accion denudadora de las aguas pluviales, de los rios, y principalmente, la accion de las olas del mar en las costas; la accion disolvente de estas mismas aguas, particularmente en el interior de las capas terrestres; la gravedad; la facultad de trasporte del agua en los ventisqueros que son y han sido; y consideran estos efectos como locales pero de posicion variable en tiempo y lugar y elaborando con lentitud persistente y continuada el mundo terrestre.

Oigamos su opinion y veamos como explican esas transformaciones generales y parciales de la tierra.

«Los progresos recientes de la geognosia, dice Humboldt, nos permiten con-

cebir como la determinacion de las *épocas geológicas*, con auxilio de los caracteres presentados por la composicion mineralógica de los terrenos, por la série de los organismos cuyos restos contienen, por el modo de estratificacion de las capas levantadas contorneadas y horizontales, puede conducir, al través del encadenamiento íntimo de los fenómenos, al estudio de la *distribucion de las masas sólidas y líquidas*, de los continentes y de los mares que forman la corteza de nuestro planeta. Es que, en efecto, existe un punto de contacto entre la historia de las *revoluciones del globo* y la descripcion de su superficie actual, entre la geología y la geografía física; estas dos ciencias concurren á fundar la doctrina general de la forma y de la reparticion de los continentes. Los contornos que separan la tierra firme del elemento líquido, y la relacion de extension de sus respectivas superficies, ha variado singularmente durante la larga série de las épocas geológicas.»

«He aquí el resultado de las investigaciones hechas con objeto de determinar la extension de la tierra firme en diferentes épocas. En los tiempos de mayor antigüedad, durante los períodos de transicion siluriana y devoniana (separacion neptuniana) y hácia las primeras formaciones secundárias, el suelo continental consistía esclusivamente en islas separadas, cubiertas de vegetacion. En los periodos siguientes, estas islas se unieron unas á otras, de modo que formaban numerosos lagos y golfos profusamente esparcidos. En fin, cuando las cadenas de los Pirineos, de los Apeninos y de los montes Karpathas fueron *levantadas*, por consiguiente hácia la época de los primeros terrenos terciários, los grandes continentes aparecieron casi en la forma que tienen actualmente.»

«En la época siluriana, época en que reinaron los saurios gigantescos, la ex-

tension de los terrenos que sumergieron fué sin duda menor desde uno al otro polo, que es hoy dia, siendo necesario añadir, para acabar de explicar el agrandamiento sucesivo, de las zonas terrestres, que poco antes de los cataclismos que han conducido, por intervalos mas ó menos prolongados, la destruccion súbita de tan gran número de vertebrados gigantescos, una gran parte de las masas continentales ofrecía ya las divisiones que hoy presentan. Esta semejanza se extendería aun mas, segun la gran analogía que existe en la América del Sur y en las tierras australes entre los animales indígenas actuales y sus especies apagadas.»

«Nuestros continentes deben quizas su altura sobre el nivel general de las aguas, á la erupcion del pórfido cuarzoso que ha trastornado tan violentamente la primera gran flora terrestre y los estratos del terreno hullero. Las partes unidas de estos continentes, á las que damos el nombre de llanuras, no son en realidad sinó la cúspide extremadamente ancha de colinas y montañas, cuyo pié yace al nivel del fondo del mar; en otros términos, cada llanura es una meseta con relacion al suelo submarino. Las desigualdades primitivas de esas mesetas han sido niveladas por las capas sedimentarias, y despues fueron recubiertas por los terrenos de aluvion.»

«No es dado á la ciencia penetrar profundamente los grandes fenómenos que han debido presidir á la aparicion de los continentes. Lo que sabemos de ello, se reduce á lo siguiente: la causa actuante es una fuerza subterránea; los continentes no han sido formados en una sola vez, tales como son hoy dia, pero su origen se remonta á la época *siluriana* y su formacion ocupa los periodos siguientes hasta la de los terrenos terciários; ella se ha efectuado despacio é través de una larga série de levantamientos y hundimientos sucesivos; se

ha efectuado en fin por la union de pequeños continentes aislados en un principio. La figura actual es el producto de dos causas que han actuado una despues de otra. La primera es una reaccion subterránea, cuya medida y direccion no indicamos porque nos sería imposible determinarlas; para nosotros salen del círculo de los hechos necesarios. La segunda causa comprende todas las potencias que obran en la superficie, y entre estas fuerzas han desempeñado un papel importante las erupciones volcánicas, los temblores de tierra, los levantamientos de las cadenas de montañas y las corrientes de los mares.»

«Los cambios que han sobrevenido en los niveles relativos de la masa sólida y líquida de la corteza terrestre, y que han determinado la emersion ó la inmersión de las tierras bajas y los contornos actuales de los continentes, deben atribuirse á un conjunto numeroso de causas que han actuado sucesivamente. Entre ellas, son sin duda las mas eficaces: la fuerza elástica de los vapores encerrados en el interior de la tierra; las variaciones bruscas de temperatura de ciertas capas espesas; el enfriamiento secular é irregular de la corteza y del nucleo del globo, de lo cual proceden las ondulaciones y los pliegues de la superficie sólida; las modificaciones locales de la gravitacion, y por consiguiente, los cambios de curvatura en ciertas partes de la superficie de equilibrio del elemento líquido.»

Leopoldo de Buch ha sido el primero, que en su obra «*Viaje á Noruega y Suecia*», á consecuencia del levantamiento que experimenta esta region, ha referido esta clase de fenómenos á la misma causa que origina los fenómenos volcánicos. El ejemplo de ese eminente geólogo, ha inducido á otros naturalistas á lealizar nuevas observaciones en otros raires, y han hecho la oportunísima de que un considerable hundimiento, ocasio-

nado por el plegamiento de los estratos, corresponde á un levantamiento general en otro punto de la tierra.

Para terminar, extractaremos brevemente conceptos de Humboldt, al cual no podríamos seguir paso á paso, sin ser excesivamente prolijos, y lo que es mas, sin apartarnos de nuestro propósito. Dice Humboldt: que las reacciones interiores han modelado la superficie del globo levantando las cadenas de montañas á través de capas violentamente enderezadas, habiendo hecho desaparecer, estas revoluciones formidables, la uniformidad que uno y otro hemisferio hubiese conservado y que hubiera empobrecido la energía física é intelectual de la especie humana; que debido á la profunda elevacion de miras de Elie de Beaumont, le fué á este posible señalar la edad relativa de cada sistema de montañas, partiendo del siguiente principio: que la época del levantamiento de una cadena de montañas está comprendida necesariamente entre la época de formacion de los pliegues en la corteza terrestre, es decir, la declinacion adquirida por las capas levantadas, y la del depósito de los estratos que se extienden horizontalmente hasta el pié de las montañas, con cuyo principio no solo determinó que las cordilleras de montañas que seguian una direccion paralela en determinadas localidades, pertenecian a una misma época de formacion, si que tambien, en las formaciones de conjunto general de nuestro globo, en las que los sistemas de montañas se hallan cruzándose perpendicularmente, determinó cual de ellos pertenecia á una formacion mas antigua, por la relacion de su forma y constitucion, con la del levantamiento de los terrenos de la comarca en que aquellas estaban implantadas; que cuanto mas se admira la altura y la masa de las cadenas de montañas, tanto mas el espíritu se sorprende al verse obligado á reconocer en

ellas el testimonio de las *revoluciones en el globo*, los límites de los climas, el punto de reparto de las aguas y el sitio de una vegetación particular, y que apesar del importante volumen que su masa representa, debe admirarse su pequenez cuando se compara con el volumen de masa que suponen los continentes; que nada nos garantiza que estas *potencias plutónicas* no añadan en los siglos venideros, nuevos sistemas de montañas á los que ellas *han ya producido*; y que revelándonos todos los fenómenos geognósticos alternativos de actividad y de reposo, el período actual solo es de reposo aparente, demostrando los temblores que conmueven indistintamente toda clase de terrenos bajo todas las zonas, el levantamiento y depresión de continentes y la aparición súbita de nuevas islas de erupción, que el interior de nuestro planeta no ha llegado todavía al período de reposo definitivo.

«Cuando, gracias á la actividad de espíritu que caracteriza nuestro siglo, parece todo en via de progreso, sería tan peligroso quererle oponer á la marcha de este movimiento intelectual y representar como definitivamente cumplidas, cosas que tienden aun hácia un progreso incesante, como detenerse con la conciencia de su insuficiencia personal en la importancia relativa de gloriosos esfuerzos intentados por hombres que son aun de este mundo ó que acaban de abandonarlo.»

Humbolt ha muerto recientemente. Este hombre notable no desconoció trabajos modernos interesantes por los cuales se avanzaron teorías que dominan bajo cierto aspecto en el mundo de las ciencias; quizás la escasez de observaciones geológicas y la importancia de dar unidad á los fenómenos naturales le indujera á afirmarse en su opinión manifestada.

Veamos ahora lo que otros geólogos y

naturalistas, hoy no menos eminentes, opinan sobre esta interesante cuestión.

Darwin, en su libro *Origen de las especies* dice, «me sería punto menos que imposible presentar aquí, á los ojos del lector, que puede no ser práctico en geología, todos los hechos que podrían darle una idea de la larga duración de las edades pasadas; pero puede consultar para este objeto la grande obra de Sir Charles Liell sobre los *Principios de Geología* que los historiadores futuros reconocerán como causante de una revolución en las ciencias naturales. El que la leyere sin comprender cuan inmensa debió ser la duración de los períodos geológicos, puede dejar de leer mi libro, no debe comenzar su lectura. Pero no basta estudiar los *Principios de geología*; ni tampoco leer algunos tratados especiales escritos por diversos observadores, sobre tal ó cual *formación*, y tomar nota de los supuestos que cada autor ha hecho para dar una idea adecuada de la duración de cada período, ó del tiempo que ha sido necesario para la formación de cada capa; es necesario haber examinado por si mismo, durante años las potentes masas de estratos superpuestos; haber visto el mar en su obra, royendo continuamente las viejas rocas de sus playas para convertirlas en nuevos sedimentos. Entonces solamente, podrá comprenderse lo que han debido ser las diversas edades geológicas, segun los monumentos que han quedado á nuestro alrededor. Sería preciso recorrer lo largo de las costas en que hubiere rocas mas ó menos duras, á fin de comprobar sobre el terreno el progreso de su lenta disgregación. Las mareas, en su mayor tiempo, no alcanzan á esas rocas mas que dos veces al dia y solo durante algunas horas. Las olas no las roen sinó cuando van cargadas de arenillas ó casquijs; pues hay grandes pruebas de que el agua sola es impotente para desgastar ó degradar las rocas. La base de las rocas

ó acantilados, se mina primero poco á poco, despues, por último, se desprende en grandes masas. Quedan estas yaciendo en la playa para ser allí disgregadas átomo por átomo, hasta que gradualmente, disminuidas ó rotas en mas pequeños fragmentos, puedan ser rodadas por las olas y despues mas rápidamente trituradas en guijarros, en arena ó en fango.»

(Se continuará.)

F. L. P.

POBLACION DE FILIPINAS.

Presentan algunos autores modernos, entre ellos D. Vicente Barrantes, Yagor y otros, como uno de los mas confusos problemas de esta sociedad, el conocimiento de su poblacion espresada en cifras, sin embargo de que todos ellos hacen mencion de datos oficiales.

Nosotros creemos deber aclarar los fundamentos de esa apreciacion, y aun sostener que, acerca de ese ramo de la Estadística, las Filipinas no se encontraban mas atrasadas que las naciones de Europa antes de la adopcion del sistema inglés.

Este fué aplicado por vez primera en 1853, y consiste en verificar un recuento domiciliario simultáneo en dia solemne. Para ello fué elegida la noche de Navidad, en la cual se repartian papeletas que llenaban los cabezas de familia, empleándose en toda la nacion centenares de miles de personas, cuantas tenian algun carácter oficial, para recoger dichas papeletas y aun ilustrar á los cabezas de familia sobre la manera de cubrirlas. Estos recuentos generales se repiten cada quinquenio, y de ese modo se obtienen un censo civil y cifras del progreso de la poblacion, en condiciones de exactitud que es en balde pedir á ninguno de los antiguos métodos.

A imitacion, se verificó el mismo recuento en otras partes; y aquí se intentó tambien, por orden del Gobierno Su-

premo en 1861, para satisfacer exigencia de la Junta general de Estadística. El fracaso de la tentativa no pudo ser mas completo. Baste decir que, ni aun en la ciudad de Manila, intramuros, donde está concentrada la mayor fuerza de la accion administrativa y donde se empleó la policia para recoger las papeletas, se obtuvieron datos que merezcan ser atendidos. En las provincias tomó tal carácter el asunto, que fué necesario en algunos pueblos que los párrocos y otras personas empleasen su influencia para contener á la gran mayoría ignorante de los vecinos, que se *remontaban*, esto es, en lenguaje del país, se iban á los montes, huyendo del que se les presentaba como pavoroso fantasma del recuento, sobre cuyo objeto circulaban los mas absurdos comentarios.

Aparte de la relativa instruccion de los pueblos, dato que se debe tomar en cuenta al dictar ciertas disposiciones, pugnaba aquí hasta el clima contra el sistema inglés del censo.

Un recuento en Noche buena es en Europa lo mismo que cojer á todo el mundo en el hogar propio ó en el extraño: la solemnidad de la fiesta de las familias, la costumbre de opíparas y alegres cenas y lo crudo de la estacion, señalan esa noche como la mas propia para tales investigaciones. Pero aquí, en Filipinas, la Noche buena es la fiesta de la calle, de la plaza, de la iglesia, del aire libre, mas bien que del hogar! Es entonces la primavera tropical, en que un tanto restaurado el organismo por ligeras brisas del primer cuadrante, tiende á gozar de la actividad aunque corta y del movimiento á que escitan las músicas, la plácida temperatura y la algazara general.

Por ahora, y tal vez por mucho tiempo, no ofrecerá condiciones este país para un recuento general de la poblacion segun los métodos modernos de Europa, porque en cuanto á los antiguos,

no solian dar resultados mejores que el que viene empleándose aquí desde el tiempo de Legaspi y el cual se reduce á contar personas al mismo tiempo que se cuenta el dinero del Rey y el donativo para el culto, á tanto por individuo sujeto al impuesto; llamándose tributo entero, cada par de esos contribuyentes, marido y muger, ó personas que habian alcanzado la edad de pagar esa contribucion, cuyo origen corresponde á la época en que no habia ricos ni pobres entre los indígenas.

Ha conocido, pues, la administracion en todos tiempos, cuantos eran esos individuos, y con mucha aproximacion, porque el cabeza de barangay, el gobernadorcillo, el párroco, el alcalde mayor, todos estaban interesados en la exacta formacion de los padrones. ¿Qué faltaba ya? Saber la relacion entre esas cifras de contribuyentes y las de habitantes. Por resultado de varias comprobaciones, se fijó en el siglo pasado la de 1 á 4, considerando uno el tributo entero. A principios de este siglo se consideró alterada dicha relacion á la de 1 á 4 $\frac{1}{2}$; despues se dijo que era de 1 á 5. Posteriormente hemos leído que de comprobaciones recientes resultaba la de 1 á 7, esto es, compuesta de siete individuos cada familia, ó en relacion de 2 á 7 los que pagan tributo y los indígenas que no lo pagan. Una minuciosa operacion aritmética entre veinte hogares, nos dió hace nueve años, en un pueblo inmediato á Manila, algo mas de 6 $\frac{1}{2}$ individuos por dos tributantes ó por familia. El mayor número de reservados por edad y de niños, consiguiente al aumento de bienestar y á la vacuna, creemos bastan á esplicar la relacion mas favorable entre tributantes y poblacion en nuestro tiempo.

Conocido, pues, el número de contribuyentes, se ha conocido siempre con bastante aproximacion el de almas. Agregando despues, por cómputo, el de los inmigrantes y el de los infieles no re-

ducidos, se obtenia la cifra total de la poblacion del país; y la prueba de ello está en los numerosos censos publicados desde principios del pasado siglo.

El dato mas antiguo que conocemos sobre tan importante materia lo citamos de memoria: una de las crónicas de las órdenes monásticas calculaba en medio millon los habitantes del archipiélago en la época de Legaspi; pero en 1619 se calculaba solo en 200,000 el número de cristianos. Esta es la cifra que contestó la Junta que proponia el abandono de Filipinas, cuando el Rey la preguntó para resolver pretensiones del P. Moragas. He aquí ahora cifras de carácter oficial en diversos tiempos.

En las *Memorias estadísticas* de Arenas, se hace mencion de un cómputo de 1.000,000 almas hecho por el religioso franciscano Fr. Juan de San Antonio en 1735.

De cuatro años despues (1739) tenemos el siguiente curioso cuadro en el folleto inédito cuya publicacion hacemos en esta Revista.

ADMINISTRACION PARROQUIAL DE FILIPINAS
EN 1739.

	Ministros.	Pueblos.	Tributos.
Eclesiásticos seculares.	49	86	32,254
Religiosos de Sto. Domingo.	42	42	23,316 $\frac{1}{2}$
— de S. Francisco.	62	66	25,520
— Calzados de San Agustin.	89	93	56,923
— Descalzos de id..	28	38	11,276 $\frac{1}{2}$
Compañía de Jesus. . .	71	90	35,524 $\frac{1}{2}$
<i>Sumas.</i> . . .	341	415	184,814 $\frac{1}{2}$

Este total de tributos ó familias multiplicado por 4 y agregado el cómputo por infieles é inmigrantes, dan el millon de almas supuesto por el R. franciscano referido.

En 1752, segun el *Diccionario de Hacienda* de Canga Argüelles, tenian las Islas Filipinas 1.350,000 habitantes.

El Conde de Almodovar en 1783 y Malaspina en 1792 calculaban la misma poblacion en 1.300,000.

El Ayuntamiento de Manila tomó á su cargo los trabajos del censo general de poblacion, y segun estados sucesivos, daba la siguiente:

- En 1795—1.391,523.
- En 1805—1.741,234.
- En 1812—1.933,531.
- En 1815—2.169,593.
- En 1817—2.236,210.

Un estado hecho por el Tribunal de Cuentas, da en 1813, 1.799,565, esto es, 130,000 almas menos que el ayuntamiento; pero hay que advertir que este agregaba siempre un 5 por 100, por error de cálculo ú omisiones, á las cifras que recogia.

El entendido y laborioso brigadier de ingenieros D. Ildefonso Aragon, que escribió tanto sobre Filipinas, calculaba la poblacion, en 1818, en 2.593,287.

- Diaz Arenas, en 1833, en... 3.153,290.
- Mayo de la Fuente, en 1837. 3.316,253.
- Estado oficial de 1840..... 3.209,077.
- 1845..... 3.507,277.
- 1850..... 3.815,878.

Un cómputo de 1860..... 4.500,000.

Nos faltan estados oficiales administrativos posteriores, que creemos no han sido publicados sinó incompletos en la *Guia de forasteros*.

Pero ¿á qué mas estados del mismo origen si ellos, por sí solos, no dan luz para la solucion del problema? ¿Porqué se venia diciendo en todas ocasiones, hace mas de 30 años, que las Filipinas cuentan cinco millones de habitantes? ¿Porqué esos millones se dijo despues vagamente que eran seis, si las sumas oficiales no daban mas que cuatro y medio? Es que el cómputo era aquí una especie de enigma cuya clave tenian pocos. Las cifras oficiales son la base; despues vienen los aumentos convenidos por anual acrecimiento de la poblacion, por relacion entre tributantes y exentos,

por errores, por inmigracion, por infieles; llegándose de este modo, mas ó menos empiricamente, á resultados aceptables.

Nosotros, por ese método, vamos á presentar un cómputo que algunos lectores creerán paradoja, y del cual, sin embargo, ni un solo sumando se atreverán á regatearnos.

Tenemos á la vista un estado, de perfecta autenticidad en el ramo eclesiástico, porque es copia de un resúmen hecho en el Arzobispado de Manila en 1864 y que hemos debido entonces personalmente á la bondadosa atencion del Prelado. El va á ser el cimiento de toda la operacion.

ARZOBISPADO DE MANILA.		Parroquias.	Tributos.
Parroquias de Regulares administradas por los mismos.....	138	}	369,741 %
Idem de idem por seculares.....	9		
Idem de la Mitra.....	44		
OBISPADO DE CEBÚ.			
Parroquias de Regulares administradas por los mismos.....	175	}	405,367 %
Idem de idem por seculares.....	25		
Idem de la Mitra.....	51		
OBISPADO DE NUEVA SEGOVIA.			
Parroquias de Regulares administradas por los mismos.....	91	}	228,572 %
Idem de idem por seculares.....	13		
Idem de la Mitra.....	5		
OBISPADO DE NUEVA CÁCERES.			
Parroquias de Regulares administradas por los mismos.....	35	}	127,546
Idem de idem por seculares.....	19		
Idem de la Mitra.....	46		
<i>Totales.....</i>		651	1.131,227

Ahora, y sobre este dato tan respetable, nos atrevemos á fundar un cómputo en frente de otras cifras que encontramos en una obra reciente de *Viajes por Filipinas*.

Los 1.131,227 tributos, multiplicados por 6, que es hoy la relacion menor que se puede suponer, atendidas observaciones antes expuestas, nos dan almas..... 6.787,362

Por el 5 por 100 de exentos por edad ó enfermedad, errores y omisiones, siguiendo la práctica racional de los censos que hacía el Ayuntamiento á principios del siglo 339,368

Aunque al formar los presupuestos se cuenta con un aumento anual de 3 por 100, nosotros solo aceptamos el 2 por 100, que justifican las progresiones anteriores, y que arroja en los once años últimos..... 1.651,868

Infieles de Luzon..... 50,000
—de Visayas..... 10,000
—de Mindanao..... 150,000
Inmigracion europea..... 10,000
Asiática 40,000

Poblacion tributaria que no figura en padrones parroquiales (servidumbre doméstica, Manila, marineria etc. etc.) 15,000

Total..... 9.053,598

Este cómputo, cuyos datos parciales creemos no serán impugnados, es el mas alto que se ha hecho hasta ahora, superando en cerca de dos millones de almas al que facilitaron en Madrid á un sabio naturalista á mediados del año último, como formado con vista de datos oficiales, que insertamos á continuación:

ISLA DE LUZON.

Nombres de las provincias.	NÚMERO.		
	de los pueblos.	de tributos.	de almas.
Abra..	8	6.211	37.266
Albay.	38	56.915 ¹ ₂	341.493
Bataan.	12	11.227	67.362
Batangas.	21	72.034	432.504
Bulacan.	24	57.719 ¹ ₂	346.217
Cagayan.	19	19.036	114.296
Camarines Norte.	9	7.037 ¹ ₂	42.525
Camarines Sur.	34	72.326	431.016
Cavite.	19	23.865 ¹ ₂	173.193
Ilocos Norte.	15	36.673	220.038
Ilocos Sur.	21	41.205 ¹ ₂	265.233
Isabela.	9	7.884 ¹ ₂	47.067
Laguna.	28	26.072 ¹ ₂	216.435
Lepanto.	81		56.088
Manila.	29	59.058	354.348
Morong.	12	12.180	73.080
Nueva Ecija.	23	27.887 ¹ ₂	167.325
Nueva Vizcaya.	6	3.578 ¹ ₂	21.471
Pampanga.	29	50.094 ¹ ₂	300.567
Pangasinan.	30	71.948 ¹ ₂	431.691
Tayabas.	17	25.880	155.280
Union.	13	22.242	133.452
Zambales.	23	18.174	109.044

ISLAS ENTRE LUZON Y MINDANAO.

Antique.	19	21.981	131.886
Bohol.	36	47.252 ¹ ₂	283.515
Burias.	1	405	2.430
Cápiz.	32	45.382	272.292
Cebú.	51	71.226	427.356
Ilo-ilo.	41	108.068	648.403
Leyte.	43	47.582 ¹ ₂	285.195
Másbate y Ticao.	9	2.865	17.190
Mindoro.	18	11.821	10.926
Negros.	43	42.645 ¹ ₂	255.873
Romblon.	9	5.639 ¹ ₂	34.137
Samar.	25	41.677	250.062

MINDANAO.

Cottabato.	1	200	1.200
Misamis.	32	16.733	100.398
Surigao.	28	12.295	73.770
Zamboanga.	2	2.429	14.571
Davao.	1	310	1.860
Basilan.	1	100	600

ISLAS MAS APARTADAS.

Batanes.	6	2.000	12.000
Calamianes.	5	4.531 ¹ ₂	27.189

TOTALES. 933 1.232.544 7.451.352

Sobre estos datos se puede fundar un cómputo muy semejante al nuestro en resultados. He aquí los sumandos:

Poblacion tributaria, segun padrones por provincias, en 1873..... 7.451,352

5 por 100 por errores de cálculo ú omisiones en los padrones..... 372,567

Poblacion de Marianas 8,000

Moros y monteses de Mindanao segun Jagor.....	541,000
Padrones especiales (Manila, marineria, servidumbre etc. etc.).....	15,000
Monteses de Luzon y Visayas	100,000
Inmigracion europea.....	10,000
Asiatica.....	40,000
Aumento en dos años á razon de 2 por 100 en cada uno.	344,608

Poblacion total en 1875 8.882,527

Existe una diferencia de mas en nuestro cómputo de habitantes, comparado con el que hacemos sobre los datos de Jagor, sin embargo de que en el nuestro no se acepta la exagerada cifra supuesta á la poblacion infiel de Mindanao en datos recogidos por aquel. Pero, de todas maneras, uno y otro cómputo se acercan por exceso ó defecto á la suma de 9.000,000 de habitantes.

Datos mas recientes, que debemos á un ilustrado Jefe de Hacienda, como resúmenes de los padrones tributarios de 1874, que han servido para las operaciones de gestion económica en el ejercicio de 1873—1874, nos dan estas cifras mas interesantes aun, como las mas recientes entre las de indudable autenticidad administrativa:

Tributos de naturales.....	1.195,272.
de mestizos.....	43,685.

Total..... 1.238,957.

Estos 1.238,957 tributos enteros, multiplicados por 6, nos dan, almas

Del mismo origen oficial tenemos una cifra, nueva en estos sumandos, la de individuos infieles que pagan reconocimiento de vasallage (igorrotos, tinguianes, monteses de varias provincias)

que llegan á 55,407, que solo multiplicaremos por 3, considerándolos medios tributos para deducir, almas.....

166,221.
Por los mismos infieles de Luzon no reducidos, aumentamos.....

50,000.
El propio estado nos dá como esceptuados de tributo.

351,180.
Suma oficial conocida en 1873

8,001,143.
No comprendida en el estado la poblacion de Batanes y Marianas, agregamos por este concepto.....

20,000.
Por infieles de Visayas y Mindanao.....

200,000.
Por inmigracion.....

50,000.
Por 5 por 100 de errores de cálculo.....

400,000.
Por aumento en 4 años á razon de 2 por 100 anual.

353,670.
Total..... 9,024,813.

Siempre, de todas maneras y con todos los datos antiguos y modernos, venimos á parar á una poblacion total, en 1875, de nueve millones de habitantes. Para rechazarla hay que demostrar lo siguiente:

Que los padrones tributarios son exagerados: supuesto inadmisibile porque sobre ellos se funda la accion fiscal recaudadora de la capitacion.

Que la relacion de 1 á 6 entre tributos enteros y habitantes es tambien excesiva, sobre lo cual ya hemos dicho lo que nos ocurre.

Que el aumento de 5 por 100 de error de cálculo y exenciones por varias causas, adoptado en los censos antiguos hechos por el Ayuntamiento, no tiene lugar ahora, á causa de la rigurosa exactitud con que se hacen los padrones. Sobre este punto, si algo ocurrirá reparar á personas prácticas, y sobre todo desde que la recaudacion del tri-

buto no está á cargo de los jefes de provincia, es que no se haya adoptado un 10 en lugar de un 5 por 100.

Que es arbitrario el aumento anual de 2 por 100 en la poblacion. Es mas corto que el admitido en oficinas administrativas como normal en la formacion de presupuestos.

Y por último, que no existen en el país ni la inmigracion, ni los monteses, ni las otras clases que constituyen los sumandos.

Por aventurado que parezca á tantas personas acostumbradas á oír y ver como estereotipada, de treinta años á esta parte, la cifra de cinco millones de habitantes; un cómputo verificado hoy por métodos racionales, conocidos y aceptados de antiguo en Filipinas, acusa una poblacion de NUEVE MILLONES, cuyas presunciones y caracteres de verdad entrañan los mas honrosos conceptos para todas las instituciones encargadas de dirigir los intereses morales y materiales de este país.

Manila Agosto de 1875.

J. F. DEL PAN.

AGAPITO MACAPINGAN.

MEMORIAS DE UN CRIADO TAGALOC.

(Continuacion: véase la página 83.)

Pero ¡ay! estos mismos escasos elementos se ponen en juego de muy mala manera: con la rapidez de la llama no coincide nunca la rapidez de los recursos personales: cuando el fuego empieza, el indio se encarama hasta la cumbre de su casa. de la que hace por el momento su atalaya, para ver los progresos de la llama, y gracias que se le ocurra, al que los tenga, verter sobre la nipa del tejado los tres ó cuatro bombones de agua preparados de antemano, cosa que, despues de todo, preserva bien poco á la morada de la catástrofe.

De los gárfios no he visto hacer uso nunca: como la esperanza es lo último que abandona el corazon del hombre, hay pocos hombres, y sobre todo poquísimos indios, que se resuelvan á destrozar por sí su pro-

pia casa, siquiera pueda esta medida salvarle una parte de ella. El que más y el que menos cree que las llamas no llegarán hasta su domicilio, y solo se convencen de ello cuando la cubierta ha empezado á arder.

Dando punto á la digresion, diré que nosotros, es decir, mi padre, mi madre y yo, hicimos lo que todos: esto es, echar á correr en cuanto la negra columna de humo que produce la combustion de la nipa, nos envolvió en poquísimos momentos, porque ya he indicado que el fuego empezó en mi casa.

Saltábamos como gamos hácia el espacio libre, ó sea hácia la sementera: mi madre llevaba un *balutan* de ropa del que se habia apoderado en los primeros momentos; mi padre, no sé por qué fatal aturdimiento, habia cogido debajo del brazo un *bolo* de labor, afilado como la hoja de un cortaplumas, y arrastraba con todas sus fuerzas una pequeña cómoda, que era el mejor mueble de la casa: yo... — ¡bestia de mi! — de lo único que me habia cuidado era de cojer la olla de la *morisqueta*, con la que me lancé valientemente á la calle, creyendo salvar lo más importante de nuestros bienes al llevarme aquel artefacto de barro, en el que escasamente habria media chupa de arroz apelmazada por la cocion, pegada á las paredes interiores de la olla, y ligeramente requemada, constituyéndo lo que los tagalos llamamos el *tutung*, ó sea el *tus-tus* segun nuestro especial castellano, el cual nos agrada sobre manera.

Caminábamos, pues, en esta forma, cuando por lo alto de la calle, en ademán marcial, con un sable desenvainado y lleno de orin, se nos atraviesa cortándonos el paso, el notable ñor Titong, en funciones de gefe de cuadrilleros, uniformado con una levita de cotonia azul, pantalon de guingon, salacot descomunale y descalzo de pié y pierna.

— ¡Alto! — nos dijo con voz gruesa é imperiosa — ¡alto aquí! ¿á donde corren ustedes?

— Se nos quema la casa — respondió mi madre sin dejar de correr.

— Pues por lo mismo, alto: en su casa de ustedes ha empezado el fuego.

— Así mismo, — y á mi madre casi se le saltaron las lágrimas — pero deje V. ya pasar.

— No puede ser.

— ¡Ah!.. ¿por qué?

— Porque hay para VV. responsabilidad.

— ¡Díos mio! — exclamó la autora de mis dias, llena de angustia.

Mi padre, más razagado, solo oyó claramente la palabra *responsabilidad*, y dejando

abandonada la cómoda que á duras penas iba arrastrando, se volvió hácia ñor Titong como si le hubiera picado un *dahun-palay*.

—¿Responsabilidad?—preguntó sordamente.— ¡mentira! he pagado mis tercios completos y no quiero más cuestión: basta, basta ya, y deje V. pasar, ñor Titong.

No he visto nunca brillar los ojos de mi padre con tan terrible fuego como despues de haber dicho estas palabras.

—Digo que VV. no pasarán.—insistió el teniente de cuadrilleros.

—¿Eh?

—No hay paso.

Mi padre no contestó; pero dirigiéndose á mi madre, dijo:

—¡Sigue!

Mi madre echó de nuevo á andar; pero ñor Titong interponiéndose á su paso, la cojió por una de las mangas de su lancha camisa de sinamay, y gritó:

—No, no han de seguir VV. sino conmigo al Tribunal.

Yo no sé lo que pasó en la fisonomía de mi padre al oír esto; pero recuerdo, sí, que sus ojos brillaron de nuevo con un fulgor extraordinario y que el rojo de la sangre rodeó súbitamente su pupila negra y habitualmente dulce.

—¡Ñor Titong, tenga V. cuidado con lo que hace!

—Yo sé demasiado lo que hago y cómo debo cumplir con mi deber: he dicho que al Tribunal, y al Tribunal van VV. á seguir ahora mismo.

—¡No!

—¡Sí!. En su casa de VV. ha empezado el fuego: se van á formar diligencias, y tienen VV. que responder del siniestro.

—¡Digo que no voy!

—Pues irá V. preso.

—¿Preso yo? ¿preso otra vez yo? ¡atrás ñor Titong, atrás y deje V. el paso libre! Y mi padre se adelantó con ademan resuelto de seguir su camino.

Peró ñor Titong no era de esta opinion.

Hizo rápidamente una seña á dos ó tres fautes que se acercaban, cuadrilleros tambien, y cuando mi padre se le puso delante, le presentó la punta de su sable y aun creo que le tocó con él en un hombro.

Nunca lo hubiera hecho!

D. Flaviano Macapingan, carácter débil, hombre apocado, buen católico, temeroso de Dios, se trasformó en un instante.

El bolo que por desgracia llevaba debajo del brazo se corrió hasta su mano, brilló su

hoja en el espacio, herida oblicuamente por un rayo de sol, sonó un grito, cayó un hombre al suelo, algunas gotas de sangre tiñeron la tierra, y ví á mi padre correr ya á cierta distancia perseguido por dos ó tres individuos que vociferaban *¡harang! ¡harang!*

Todo esto ocurrió en el mismo tiempo que he tardado en describirlo.

El honrado cabeza de barangay, era desde aquel instante un criminal.

IV.

Hasta muchos años despues no he acertado á explicarme aquel extraño y terrible proceder del autor de mis dias.

Los indios, por lo general, nos damos poca cuenta de nuestras acciones ó de las acciones de los demás, y en hechos de esta naturaleza, reconocemos un principio absoluto que lo justifica todo; hasta lo más absurdo.

Este principio se resume en esta frase:

—*¡Caliente aquel su cabeza!*

Es inútil buscar el por qué de esa calentura.

Las leyes la comprenden con el nombre de «actos primos.»

El definirlos..... pertenece á los psicólogos.

Nosotros jamás analizamos, jamás hacemos esa especie de anatomía de los sentimientos, de exámen de causas y concausas que el escalpelo del abogado va poniendo de manifiesto en la defensa de un reo.

Cuando la cabeza del indio se calienta, todas sus acciones son admitidas por nosotros como una consecuencia natural, legítima, ineludible de esa calentura.

La cabeza caliente es el vértigo.

Y el hombre presa del vértigo, no es hombre; es masa animada, materia bruta, carne que obra; la fiera.

Es cosa sabidísima que los caracteres apáticos, indolentes, tranquilos, son torrentes impetuosos y temibles cuando llegan al paroxismo de la exaltación.

El sufrimiento tarda en agotarse en esas naturalezas flemáticas; pero una vez agotado, las pasiones saltan y se desbordan, como se desborda el champagne de una botella removida, cuando el alambre del corcho no está muy seguro.

La acometida de mi padre contra ñor Titong, no tuvo para mi durante algunos años más explicacion que la de que se calentó su cabeza.

Despues la he definido de otro modo.

Aunque tarde, mi padre llegó á comprender que ñor Titong era la representacion

de su desdicha, de su encarcelamiento, de su ruina, de su deshonra.

Aquel hombre malo puso el colmo al sufrimiento del autor de mis días, con su imprudente exigencia de cortarnos el paso y llevarnos presos al Tribunal.

En un instante se despertaron en mi padre las angustias pasadas, las penas de su prisión, su hacienda vendida, su buena fé puesta en duda, y todo por aquel miserable que, todavía, y revistiéndose de una autoridad legal, pero inconveniente en aquellos momentos, iba á aumentar nuestra desgracia con la sospecha de incendiarios y las penalidades de un nuevo encarcelamiento.

La sangre cegó la vista de D. Flaviano Macapingan... y el *bolo* hizo lo demás.

Pasaré brevemente sobre los episodios que siguieron á esta catástrofe, porque temo que el minucioso detalle que voy haciendo de los primeros años de mi vida, acabe por aburrir al que me escuche.

Nor Titong no murió, ni mucho ménos; pero pudo quedar en el sitio.

El teniente de cuadrilleros solo tenía una larga herida que le cojia parte de la frente y de la ceja izquierda, de resultas de la cual perdió un ojo.

Su curacion fué larga y azarosa; pero á los seis meses se paseaba de nuevo por el pueblo, tan campante como si nada le hubiera ocurrido.

Mi madre y yo fuimos reducidos á prisión en el acto.

Nos tomaron ocho ó diez declaraciones; se contentaron con asegurarnos durante un mes, y esperamos encerrados en el piso bajo del Tribunal, la resolución del Señor Alcalde á las diligencias que el gobernadorcillo habia elevado sobre el hecho.

Todo aquel tiempo estuvimos sin saber una palabra de mi padre; pero no ignorábamos que los cuadrilleros que lo persiguieron no habian logrado darle alcance, y que decian se habia internado en las fragosidades del bosque, donde perdieron su pista.

Esto último era mentira.

Los cuadrilleros no habian pasado de las últimas casas del pueblo, y allí fué donde abandonaron la persecucion del fugitivo, que les llevaba ya una buena delantera, porque el criminal que corre es porque lleva miedo, y el miedo es el más poderoso motor de la máquina humana.

A un hombre que corre desalado por un camino, con un *bolo* ensangrentado en la mano, hay pocos naturales—y me refirió

principalmente al vecindario de los pueblos rurales—que le cierran el paso, y aun si quiera que se le pongan delante.

Mi padre encontró la calzada libre, vió algunos hombres que lo miraban correr, y comprendió por la actitud pacífica de aquellos hombres que no podía abrigar temores serios de una acometida.

Entonces se refugió en el covacho de un lejano pariente de mi madre, y empezó á disfrutar de la hospitalidad que disfrutaban siempre los naturales entre sí; una hospitalidad franca y sincera, exenta de formas, porque en nuestras costumbres no las hay para nada al menos tal como las conocen y practican las sociedades europeas; pero hospitalidad leal y completa, como la que he oido decir practican los árabes.

Recuerdo que en una ocasion—cuando yo ya supe darme cuenta de que el hombre debe pensar—me ocurrió reflexionar sobre la hospitalidad del indio, y garrapateé entonces sobre un pedazo de papel de China, estas ó parecidas frases:

«En los pueblos filipinos no hay fondas, posadas, ventas, paradores ó casas de huéspedes.

«Para qué?

«Cada indio es un pupilero, ó mejor dicho, cada indio es un hermano.

«Su vivienda y su mesa estan siempre á disposicion de sus paisanos.

«El viajero entra, saluda, se sienta en el *lancape*, ó sobre el *saji*, y á la hora de comer ó de cenar forma en el corro con los dueños de la casa, ante el humeante plato de *morisqueta* y la modesta olla de *sinigan*.

«Nadie le pregunta quién es, á donde vá, ni de dónde viene.

«Acabada la cena busca un rincon, se acuesta, y duerme tranquilamente sin que nadie le moleste.

«Al dia siguiente continúa su camino, sin despedirse á veces, sin dar las gracias si quiera.

«Pero tampoco hay quién extrañe esta conducta.

«Ni aun se le moteja su descortesía.

«El dueño de aquella casa hará quizá mañana en la de su alojado, lo que este hizo ayer con él.

«Tal es la costumbre.»

Mi padre se estableció, pues, sin que violentára inclinacion alguna, sin que se hiciera gravoso ni molesto, en la casa del pariente á que he aludido, y del cual diré se llamaba Ciriaco, si quiera porque al re-

cordar su nombre creo rendir un tributo de gracias al viejo leal y cariñoso, bajo cuyo humilde techo, halló durante algún tiempo seguro y pacífico retiro el autor de mis días.

Algunos meses después partí yo para Manila y aun quedaba mi padre en aquella choza protectora, no diré que oculto, porque los pocos vecinos que la rodeaban le conocían bien y sabían la agresión que había cometido, sinó olvidado y socorrido.

Después he sabido que, con arreglo á la ley, Ciriaco se hacia reo de ocultacion de un criminal; pero consignaré que hay pocos indios, muy pocos, que reconozcan un delito en este proceder.

Comprendo perfectamente que la justicia se vea negra para cojer el hilo de un delito, de un crimen cualquiera, sabiendo, como sé, que el criminal no ha de tener delatores, y que, aun refugiado en una casa visible, puede considerarse tranquilo respecto á su suerte.

No tardamos, pues, en reunirnos con mi padre en la choza de Ciriaco, en compartir sus escasas comodidades y en entablar amigables relaciones con su *compañera*, una pobre vieja que hacia veinte años participaba, sin permiso de la iglesia, de la mesa y del petate de nuestro pariente.

Nadie nos inquietó en la pequeña comarca en que nos establecimos; nadie nos señaló con el dedo y nadie rehuyó nuestra compañía, y tal vez hubiera yo mismo acabado allí con mis días, y eso que entonces era bien jóven, á no haberse hecho consejo de familia respecto á mi pase á Manila.

Ciriaco tenia un hijo sirviendo á un R. Padre que estaba de profesor de un colegio, y al cual solia ir á ver el buen viejo cada seis ú ocho meses.

Yo no sé lo que entre mi padre, mi madre y Ciriaco se trataria en el trascurso de una semana; pero puedo sí decir que se me anunció de un modo oficial y resuelto que pasaría en breve á la capital del archipiélago, donde la suerte podría depararme algún dia una buena colocacion.

Tengo motivos para creer que esta idea fué debida á Ciriaco en primer lugar, y á mi madre en segundo, y que mi padre fué solo reducido por ambos.

No debo, pues, á ningun accidente extraordinario de la vida, mi pase á Manila: si estuviera contando una novela, tal vez lo hubiera inventado, como inventaría una fábula cualquiera que hiciera más ameno mi relato: cuento solo mi vida, la vida de un pobre

indio, y en nuestra vida no hay episodios novelescos.

Mi madre tenia vivos deseos de que yo supiera hablar el castellano, porque el castellano es la base de toda educacion, y sin poseerlo, el estudio es imposible.

Diré tambien que en concepto de mi buena madre, el mejor de los estados era el eclesiástico, y que la hubiera seguramente proporcionado el más agradable momento de su vida, si hubiera llegado á aprender latin, vestido la negra sotana y el sombrero de teja, y cantado misa.

Para todo esto era sin duda un excelente principio el entrar á servir á un R. Padre catedrático, así es que mi madre vió el cielo abierto cuando se me proporcionaba la ocasion de llegar á Manila en compañía del buen Ciriaco, y de entrar en la perla de oriente, contando ya con el apoyo, con la égida protectora del criado del reverendo.

Una mañana, pues, muy tempranito, después de haberme almorzado dos mazorcas de maiz asadas, llevando en un pañuelo todo mi guardarropa, consistente á la sazón en dos camisas, una de carranclan á rayas encarnadas y otra de manta negra, y un pantalón de cotonia, monté en una carromata al lado del viejo Ciriaco, y dimos principio á nuestro viaje.

Abandonaré aquí á mis padres en mi relato, por algun tiempo, para ocuparme sólo de mi mismo, si bien anticiparé que el justo resentimiento de ñor Titong fué causa para ellos de posteriores sinsabores, de nuevas persecuciones, y de un último descenso en la opinion pública y en el género de vida del infeliz D. Flaviano Macapingan.

Todo esto entrará á su tiempo en mi narracion, cuando me ocupe de las intrigas y de los odios ocultos y reconcentrados, que se agitan y desarrollan tambien en los pueblos filipinos.

En mi despedida del hogar paterno, no hubo lágrimas amargas, besos ardorosos, escenas tiernas, repetidos consejos é instrucciones, ni otra porcion de cosas que he leído en las novelas, se acostumbra entre los europeos.

A mi madre, sí, se le humedecieron los ojos, porque al fin era muger, y la masa femenina es siempre más delicada y sensible que la masculina; pero mi padre no dió grandes pruebas de sentimiento. Antes de marchar fuí respetuosamente á besarle la mano, acto que D. Flaviano recibió con su natural indiferencia, y durante el cual sus-

pendió el corte de una caña que á la sazón estaba afilando con su *bolo* para recomponer el cerco de la choza de Ciriaco. Después se levantó—porque estaba en cucullas—dió un bostezo formidable, se esperezó y he ignorado siempre el fin del esperezo, porque aun estaba esperezándose desde cuando la carromata que me conducía lo perdí de vista en un recodo de la calzada.

Primeras impresiones

He olvidado hasta ahora decir que cuando se resolvió mi pase á Manila, contaba yo unos trece años; que la vida libre del pueblo y del campo habían dado á mi cutis un color bronceado de bastante mal efecto, y que, aunque nunca he sido guapo, aumentaba considerablemente mi fealdad la falta de aseo y de aseo de mi persona y de mi atavío, contribuyendo no poco á darme un aspecto raro y extravagante la descuidada madeja de pelo con que me dotó pródiga la madre naturaleza.

Era, en fin, un verdadero lugareño; pero lugareño tal como lo somos los lugareños filipinos, cuyo aspecto es el de verdaderos idiotas, zafios y mal pergeñados, y con tan escaso disimulo de todo lo que llama nuestra atención, como los niños pequeños.

Aunque digresione todavía un poco, referiré algunas de mis primeras impresiones al pisar y antes de pisar la ciudad de Legaspi, más que por complacer á los que me escuchan, porque tengo gusto en recordármelas á mi mismo, y en traer á mi memoria estos trasuntos de un pasado, que llamaré venturoso, porque dormitaba en la ignorancia.

Ya entonces se hallaba establecida una línea regular de comunicación por vapor con la provincia de Bulacan, y aunque había oído decir que en un principio la empresa no ganó mucho, porque los indios veían con cierta prevención esos buques que se movían y andaban sin velas ni remos, á la fecha que me refiero las prevenciones habían desaparecido, la costumbre estaba hecha, y los vapores aseguraban en todos sus viajes un regular pasaje de proa.

Ciriaco y yo nos encajamos muy seriamente en la proa de uno de los vapores, después de haber abandonado en el embarcadero de Matunão la carromata que hasta allí nos había conducido.

Se soltaron las amarras, el buque hizo

la *cia-boga*, las palas de las ruedas sacudieron el agua cenegosa y salobre de aquel brazo de mar, ó mejor dicho, del delta del río de la Pampanga, y hétenos en movimiento hácia la perla del oriente.

Para llegar á la proa tuve que pasar al lado de una ancha escotilla abierta, de la cual salía un calor que por poco me asfixia, y de la que se desprendía un olor á sebo que hubiera hecho bailar de gusto á un siervo ruso. Si hubiera conocido entonces un poco de historia, me hubiera hecho indudablemente la reflexion de que el mismo Pedro el grande, el fundador de San Petersburgo, el vencedor de Pultava, el conquistador de la Finlandia, hubiera envidiado aquel departamento por su temperatura y por su fragancia.

Debo confesar que estuve á pique de prorrumpir en un grito de espanto, cuando la nave se puso en movimiento, porque sentí tres ó cuatro horrosas sacudidas como si con unos palos tan grandes como harigues aporreasen el barco, por debajo de las aguas, una legion de gigantes. después se oyeron tres ó cuatro silbidos formidables, un siseo atronador y vi unos hierros que subían y bajaban con acompasados movimientos.

A no haber visto tan tranquilos á todos los que me rodeaban, hubiera apretado á correr presa de terror, creyendo que el vapor se deshacía ó que lo habían invadido los diablos, porque aquellos silbidos y aquel prolongado y estridente *chiiiiiiiis*, no podían evidentemente ser lanzados por ninguna boca humana.

Mis terrores se calmaron poco á poco y mis ojos descaradamente abiertos volvieron á su posición habitual, viendo á Ciriaco prudente y pacíficamente *acucillado*—(dispensen VV. la frase; pero decir *sentado* sería impropio)—en un banquito de madera de medio pié en cuadro y que escasamente levantaría una cuarta del pavimento.

Los silbidos y siseos cesaron tambien, y solo quedaron aquellos porrazos de que ya he hecho mencion, y los hierros que subían y bajaban, de los cuales no podia separar mi rayo visual. Insensiblemente me fui acercando á ellos, pues me picaba la curiosidad por ver quién era el que tenia el poco cómodo entretenimiento de menear aquellas pesadas barras, y de hacerlo tan á la perfeccion, que subían y bajaban á intervalos regulares y metódicos. De bruces sobre la baranda de la escotilla de la máquina, permanecí todo el viaje, y ni en aquel tiempo, ni en veinte años que han pasado desde entonces

he logrado explicarme cómo y por qué se mueven las barras... ¡Tan grande es mi ignorancia!

Por supuesto, que no era yo solo el que estaba entregado á esta muda y curiosa contemplación, porque otros diez ó doce, tan inmóviles como yo, tampoco despegaban los ojos de la máquina y de los fogones, y derretían seguramente su meollo en busca de la razón de aquellos movimientos.

Gracias á mi arrobamiento, el viaje se me figuró muy corto, y apenas si tuve tiempo para hacerme cargo de que el vapor era casi un palacio y de que en la vida había yo puesto los pies en casa flotante ni más espaciosa ni más bien puesta.

Tanto en la bahía de Manila, allá á lo lejos, como á la entrada del río, descubrí otros barcos mucho más grandes que el que á mi me llevaba; pero lo obtuso de mi entendimiento no me dió lugar á comparaciones, y si por algo me fijé en ellos, fué sólo por su magnitud.

Cuando llegó el momento de desembarcar, estuve por preguntar á Ciriaco que si había fiesta en el desembarcadero; porque tampoco había visto nunca tanta gente reunida, como no fuera para ver pasar la procesion de mi pueblo ó para presenciar la quema del castillo de fuegos artificiales.

El *maremagnum* de chinos con canastos y pingas, de indios, de *batas*, de muchedumbre, en fin, compacta y abigarrada con que tropezábamos, los gritos, las voces, los codazos, los pisotones de que fuí víctima, me desconcertaron un poco, y si el instinto no me hubiera inducido á agarrar á Ciriaco por el faldon de la camisa, seguramente me hubiera extraviado.

Salimos con todo de las apreturas mejor librados de lo que podia esperarse; en cuanto á mi, el último regalo de que fuí objeto se compendia en una soberbia puñada de un casi coloso con cara de marinero, al que debí irritar seguramente por haber tenido la desgracia de seguir una direccion opuesta, á la que él llevaba, cerrándole así el paso. El se lo abrió— ¡vaya si se lo abrió!— y por poco me abre á mi el pecho del golpe; pero tuve la prudencia de no despegar los labios apesar del dolor, consolándome con decirle á mi conciencia que en Manila recibian á los provincianos con bien escasa cortesía.

Un pié trás otro llegamos á una calle muy ancha, que poco despues supe llamaban de S. Fernando, y en la que me chocó

la magnificencia de los edificios casi tanto como la multitud de tiendas abiertas al público. Tampoco había visto hasta entonces tantas casas de piedra juntas, y cometí por breves instantes la imperdonable simpleza de creer si todas ellas estarían habitadas por *Padres*, pues que en mi pueblo solo el convento tenia un carácter semejante al de aquellas construcciones.

Los carruajes me gustaron mucho, aunque por poco me atropella uno en cuyo pescante creí que iba, manejando los caballos, el gobernadorcillo de mi pueblo ó el de otro pueblo cualquiera, única personalidad á quien hasta entonces había visto entre nosotros usar levita y sombrero de copa alta. Largo tiempo me quedé embobado ante los trenes que pasaban al lado mío, y tuve para mi que en Manila debía ser costumbre y privilegio esclusivo de los *castilas*, el que les sirvieran de cocheros las autoridades municipales indigenas, merced al catayio de gala con que gallardamente se enseñoreaban aquellos en los pescantes.

No fueron ménos de mi agrado las aceras, andenes hermosos y cómodos, que invitan al ignorante lugareño filipino á tenderse en ellas á dormir fresco la siesta, de lo cual ví ya algunos ejemplos. Y esta propension no es solo nuestra, pues segun oí decir á un amo que tuve, en Madrid, que es la corte de las Españas, y la corte por tanto de la corte filipina, hacen lo propio los mozos de cordel, los albañiles y aun los aguadores de las fuentes públicas.

La sonoridad de los pasos sobre las losas graníticas de las aceras, detuvo tambien mi atencion, como cosa inacostumbrada, pues aun cuando yo iba descalzo, Ciriaco le daba tal fuerza á los tacones de sus zapatos, que retumbaban sus pisadas en mis oídos como si llevara zuecos.

Y esto, aunque parezca pueril, es una de las cosas que más chocan al que viene de un pueblo, y á la que más tarda en acostumbrarse el oído, especialmente á las altas horas de la noche, en que pueden contarse muy bien los pasos, trapiés y resbalones de cada transeunte.

Llegamos ante las murallas. Pero aquí me es forzoso descansar un breve rato, antes de decir á VV. lo que me pareció la estrategia militar de defensa y el primer grupo de soldados ó cuerpo de guardia que me eché á la cara en mi vida.

(Se continuará.)

FEDERICO CASADEMUNT.

ESTADÍSTICA
MILITAR, CIVIL Y ECLESIASTICA DE FILIPINAS
EN 1739.

(Continuacion.)

irregular: sobre lo cual se construyó de cal y canto un parapeto, que la circunda guarnecido de Artillería: de todo lo cual se constituye esta fuerza, que predomina al pueblo, y defiende su entrada con tal ventaja, que puede ofender sin ser ofendida y dexa dentro de su ámbito á la Iglesia, alojamientos, algunas casas para el refugio de los naturales en tiempo de invasiones de los moros camucones y borneyes, y un Manantial copioso de agua dulce.

Halláse á 11 grados 22 minutos de latitud septentrional y 157 grados 50 minutos de longitud Oriental, distante de su cabecera Taytay 15 leguas al Norte; y de la capital Manila 58 leguas al sur cuarta al Sudueste 3 grados al Oeste.

Esta fuerza, como la antecedente de Cuyo, corre por cuenta de los naturales, y de sus Padres Ministros los Religiosos Agustinos Descalzos; para cuya construccion, manutencion, y defensa no se reconoce especial dispendio de la Real Hacienda, sino es en los casos en que la urgencia obliga, como con efecto en una, en que se vió afligida aquella provincia, providenció este presente Gobierno se socorriese á esta fuerza de Linapacan con cuatro cañones de calibre de 3 con la correspondiente batería y pólvora, para su defensa; poniendo al cargo del Alcalde mayor el buen recaudo de estos pertrechos, de que deberá dar cuenta.

DESCRIPCION DE LA FUERZA DE SAN JUAN BAUTISTA LA LUTAYA DE LA PROVINCIA DE CALAMIANES SIN COSTO DE LA REAL HACIENDA.

En la isla de la Lutaya, de dos leguas y un tercio de largo, y una y tercio de ancho, esta situada una fuerza en la playa á distancia de un tiro de fusil del Mar á 11 grados 12 minutos de latitud Septentrional, y 159 grados 4 minutos de longitud Oriental, distante de su cabecera Taytay 28 leguas al Leste Noroeste; y de la capital Manila 60 leguas al Sur cuarta al Sudueste 3 grados y medio al Sur.

Es de cal y canto, figura cuadrada en que se hallan cuatro baluartes con orejones. Sus cortinas de 90 piés de largo; y en la meridional está la puerta: á la cual encu-

bre una fieza de figura cuadrilonga, de cal y canto, de 34 piés de largo, en cuyo frente tiene su puerta; y sus costados se unen con la referida cortina.

Encierra dentro á la Iglesia y convento, y casas de naturales, para refugio en tiempos de invasiones de los Moros camucones, y borneyes piratas de aquellos mares.

Su construccion, manutencion, y defensa no es de cuenta de la Real Hacienda: y todo se debe al arbitrio del general D. Antonio de Roxas, cuya era la isla en Encomienda, al amparo de los Religiosos Agustinos Descalzos sus Ministros de Doctrina, y al trabajo de los Naturales, estimulados de su propia defensa: salvo, que de este Superior Gobierno se les haya librado algun socorro de armas, en tiempo de alguna especial angustia. De cuyo estado dán cuenta los Alcaldes, y los oficiales Reales hacen mencion en la suya.

DESCRIPCION DE LA FUERZA DE CULION DE LA PROVINCIA DE CALAMIANES: FUERA DE CUENTA DE LA REAL HACIENDA.

Esta Fuerza se está construyendo de cal y canto, en la llanura, dónde se halla el pueblo, distante de el Mar menos de media legua. Su situacion es á 11 grados 45 minutos de latitud Septentrional, y 157 grados 52 minutos de Longitud Oriental. Dista de su cabecera Taytay 21 leguas al Norte cuarta al Noroeste, 5 grados al Leste y de la capital Manila 51 leguas al Sur cuarta al Sudueste 2 grados al Oeste.

Su figura es cuadrada. Consta de cuatro Baluartes con Orejones. Sus cortinas tienen de Longitud 90 piés. En la Oriental está la principal puerta de esta Fuerza; á la cual encubre una pieza de figura cuadrilonga, de cal y canto, de 34 piés de largo con su puerta á la frente; y sus costados se unen con la referida cortina. Inclúyense dentro la Iglesia, convento, y casas de Naturales para refugio de los continuos insultos de los enemigos piratas de aquellos Mares.

Esta, como las antecedentes fuerzas, que quedan notadas en la Jurisdiccion de Calamianes, se erigió, y se defiende, sin dispendio de la Real Hacienda, sino en un caso muy urgente, de la forma ya expresada. Y corre en un todo por cuenta de los Naturales; y de los Padres Agustinos descalzos, sus Ministros. Y por no pertenecientes á la Real casa, se ha omitido su propia tarifa, como en las antecedentes Fuerzas, de los Pertrechos, y gente de guerra: satisfaciendo

así á la estudiosidad, con la noticia de todas las Fortificaciones de cualquier condicion y estado en que se hallan.

DESCRIPCION DE LA FUERZA DE CAPIZ CABECERA DE LA PROVINCIA DE PANAY.

En el pueblo de Capiz cabecera de la provincia de Panay, y donde reside su Alcalde mayor, se halla una Fuerza, á los 11 grados 30 minutos de latitud Septentrional y 160 grados 25 minutos de longitud Oriental, distante de Manila 63 leguas al sueste cuarta al Sur.

Su figura es la de un triangulo isósceles de 453 pies de recinto, á quien sirve de basa el costado contiguo de la Iglesia, flanquea los dos lados restantes un torreón puesto al ángulo occidental de esta Fuerza. Su fábrica es de estaqueria con terraplen; pero tan deteriorada, y tan espuesta á los insultos de los enemigos, que obliga á poner centinelas continuas en las inmediatas puntas y basas, para su resguardo: lo cual junto con su poca capacidad para contener los almacenes precisos de los haberes Reales, ha obligado á hacer consulta sobre su extension y mejoría en materia y fortificacion para substituir en su lugar la nueva fábrica, en atencion á la necesidad que tiene este presidio de mantenerse con proporcionada fuerza.

Los enemigos confinantes son los infieles, y apóstatas de los montes, y los que se temen extrangeros en aquellos abiertos mares. Para cuya defensa está asistida esta Fuerza con las armas, y gente de guerra que aquí se explican.

ARMAS Y PERTRECHOS.

- 5 Cañones de bronce los 3 Calibre 2 y los 2 de 4 con lo necesario a su manejo.
- 2 Cañones de fierro, Calib. 1 y 3 con lo necesario á su manejo.
- 194 Balas de fierro de este respeto.
- 10 Mosquetes.
- 19 Arcabuces de mecha.
- 2031 Balas de plomo correspondientes.
- 48 Arrobas de Pólvora.

Armas menores y de mano se individualan en certificacion de oficiales reales. Se providencia de la Capital Manila el remplazo de armas pólvora y demás necesario.

GENTE DE GUERRA.

Un Capitan que es el Alcalde mayor Comandante de un Trozo de infanteria Española con.	16 ps. 5 ts. 4
Veinte soldados plazas Españoles á.	1 » 0 » »
Un Artillero con.	1 » 0 » »
Cuatro plazas de soldados Pampangos á.	» » 4 » »
Dos caloceros medidores del arroz de S. M. á.	» » 4 » »
Y todos racionados con media fanega de Arroz por mesada á.	» » 0 » »

Importa la manutencion de este Presidio 488 pesos y 168 fanegas de arroz en cada un año: que se satisface de lo procedido de los tributos, y demás ramos de cuenta de S. M. en esta provincia de Panay. Y el vestuario y remplazo de armas y pólvora se saca de Manila. Quedando al cuidado del Alcalde mayor el socorro de Romblon, en caso de alguna especial angustia por no ser de cuenta de la Real Hacienda.

DESCRIPCION DE LA FORTIFICACION DE ROMBLON DE LA PROVINCIA DE PANAY, QUE NO ES DE CUENTA DE LA REAL HACIENDA.

En la isla de Romblon, que bojéa 15 leguas, y pertenece con su pueblo á la provincia de Panay, se halla fabricada sin costo de la Real Hacienda, por los naturales, y á estímulos de los Padres Agustinos Recoletos, que espiritualmente la están tambien administrando, una fuerza á los 12 grados 22 minutos de latitud Septentrional y 160 grados 10 minutos de longitud Oriental, distante de su Cabecera Capiz 17 leguas al Norueste, y de la capital Manila 47 leguas y media al sueste cuarta al Sur.

Esta fortificacion es solo un lienzo recto de cal y canto con terraplen de 300 pies de largo; y construido á las orillas del Mar, para cerrar una llanura toda cercada de montes, que está en lo interior, donde queda el pueblo de Romblon con bastante seguridad; mira el dicho lienzo al occidente; y le flanquean dos semi-baluartes colocados á sus extremos y un cuadrado en su mediania, que fortifica y encubre su puerta.

Era antiguamente este sitio la guardia de la circunvecina morisma, de donde salia á piratear á las embarcaciones de aquella carrera, y aún á los pueblos de aquella comarca: cuyos daños se atajaron con la construccion de esta fuerza, que sirve de defensa á las inmediatas pequeñas islas. Cuyos naturales, así como la fabricaron sin dispendio de la Real Hacienda; así tambien sin él la mantienen con gente, y armas, con el abrigo de los Padres Agustinos Descalzos sus Ministros de doctrina, por lo que se omite aqui la expresion de tarifa propia; sirviendo solo la noticia de esta fuerza de mayor ornato á esta obra, sinó en mayor puntualidad de la obediencia. A reserva de alguna especial angustia, en que recurrirá esta fuerza por socorro á su Cabecera, como puesto de su jurisdiccion.

DESCRIPCION DE LA FUERZA NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO PUERTO DE ILOILO CABECERA DE LA PROVINCIA DE OGTON.

En la isla de Panay está el puerto de Iloilo Cabecera de la provincia de Ogton en 10 grados 45 minutos de latitud Septentrional y 160 grados 25 minutos de Longitud Oriental; distante de la capital Manila 79 leguas al Sur Sudeste. En él se halla construida esta fuerza de cal y canto con terraplen, para dentro del mar, y parte en tierra en una lengua, que forma esta en el mismo puerto.

Su figura cuadrilátera, con cuatro Baluartes, el uno de flanco recto; y los tres de orejon. Consta su recinto de 1820 piés; y cada una de sus cortinas de 156: y en la Septentrional, se halla su puerta. Esta la encubre una empalizada de figura cuadrilonga, con una puerta á su lado Oriental. Dentro de esta fuerza se incluyen las oficinas, que demuestra el plano, y fuera de ella, enfrente de la cortina Septentrional, corre un reparo de cal y canto á orillas de la mar, y dando la vuelta hacia el Oriente, siguiendo la ensenada de este puerto, se termina en un puente que se halla á la orilla opuesta.

Sirve esta fuerza para resguardar el paso de Mindanaos, y joloés, que infestan aquellos mareas: no habiendo por tierra mas enemigos confinantes, que algunos apostatas, y fugitivos de aquellos países. Para cuya defensa se providencian de Manila, las armas, pertrechos, y gente de guerra que ahora se espresan.

ARMAS Y PERTRECHOS.

- 3 Piezas de bronce, Calibre 2 y 4.
- 3 Pedreros de lo mismo Calib. 2.
- 16 Cámaras.
- 19 Piezas de fierro, Calibre 3. 5 6. 7. 8. 9. 10. 12. 16. 22. 23. 24. y 30.
- 10 Falconetes de lo mismo.
- 4674 Balas correspondientes.
- 209 Grañadas.
- 54 Mosquetes.
- 110 Arcabuces.
- 16563 Balas de plomo correspondientes.
- 200 Arrobas de pólvora.

Armas de mano y otros pertrechos menores se individualuan en certificación de oficiales Reales.

El remplazo de pólvora armas y vestuario de providencia de la capital Manila con Reglamento á las órdenes de este gobierno.

GENTE DE GUERRA.

- Un Capitan que es el Alcalde mayor Comandante de esta compañía Española con la mesada de . . . 25 ps. 0 ts.
- Un Capellan de infantería con. . . 15 » 0 »
- Un Alférez con. 3 » 0 »

- Un Sargento con. 2 » 0 »
- Un Ayudante con. 4 » 0 »
- Un Teniente y Condestable de la Artillería con. 2 » 0 »
- Cuatro plazas menores de Paje, Pifano, Abanderado y Atambor, á 1 » 0 »
- Cuarenta Soldados Españoles á 1 » 0 »
- Cuatro Artilleros á 1 » 0 »
- Un Capitan de la compañía Pampangá con. 4 » 0 »
- Su Alférez con. 1 » 4 »
- Su Sargento con. 1 » 0 »
- Treinta y seis plazas de Pampangos y tres menores á 2 » 4 »
- Un Herrero á » » 4 »
- Todos racionados con media fanega de arroz, excepto el Padre Capellan. » » 0 »

Importa la manutencion de este presidio 1,530 pesos y 577¹/₂, fanegas de arroz en cada un año: que se satisfacen con el procedido de tributos, y demás ramos, que se cobran de cuenta de S. M. en dicha provincia.

DESCRIPCION DE LA FUERZA SAN PEDRO DE LA CIUDAD DEL SANTISIMO NOMBRE DE JESUS DE CEBÚ.

En la isla de Cebú, que mira como centro de todas las de pintados, de 30 leguas de largo 12 de ancho y 80 de bojeo se halla la Ciudad del Santísimo Nombre de Jesus, Cabecera de esta provincia, en donde, entre las conocidas ruinas de su antigua opulencia, se conserva en su inmediacion la fuerza San Pedro, de cal y canto con terraplen, situada en una punta, á orillas de mar, á los 10 grados de latitud Septentrional, y de 161 grados 47 minutos Longitud Oriental, distante de la Capital Manila 96 leguas al Sueste 5 grados al Sur.

Su figura es triangular con tres baluartes de flancos rectos. Consta su Recinto de 1248 pies. Sur cortinas son desiguales, y en la que mira á la Ciudad hacia al Noroeste, está su puerta. A esta encubre una obra exterior de estaquería, de figura cuadrada; con su puerta á la Ciudad; y corre igual con esta cortina una empalizada en forma de falsabraga.

Hay en esta fuerza las oficinas necesarias como en su plano se demuestran. Y las Armas y Gente de Guerra como ahora se esplican.

(Se continuará.)

ERRATA IMPORTANTE.

Impreso el pliego 2.^o de este número, se ha visto repetida (pág. 123 y 124) una errata notable, la del apellido del célebre autor del libro *Sucesos de Filipinas*. No se llama Morla, como dicho pliego dice en tres parages, sino Morga, como dice en otros.

El distinguido letrado D. Antonio de Morga, vino en 1593 á servir el cargo de Asesor de Gobierno, llamado entonces Teniente general del Gobernador; interinó en el mando Superior desde Junio de 1595 á Julio de 1596; fué despues oidor de la Audiencia, y trasladado á Méjico á principios del siglo XVII, publicó su libro en 1609, del cual son ya rarísimos los ejemplares.